

Metrópolis y modernidad

INAE ELIAS MAGNO DA SILVA

Introducción

La modernidad es posiblemente la más importante temática desarrollada por el pensamiento social en los dos últimos siglos. Su transformación en objeto de análisis sociológico transcurre de la doble aceptación de que, por un lado, este es un fenómeno histórico de características sociales, culturales, políticas y económicas distintas de todos los períodos históricos, de todas las formaciones sociales y del mundo occidental europeo a partir de los tres o cuatro últimos siglos (Giddens, 1991); y, por otro lado, de que el fenómeno moderno implica en sí la cualidad de “occidentalización” del mundo, es decir, posee un fuerte potencial de expansión y generalización más allá de su origen.

El concepto de modernidad, en su complejidad, se asocia a: “civilización”¹; “dinero”²; “alegoría”, “fragmento”, “fin de la experiencia”³; “efímero”, “huidizo”, “transitorio”, al mismo tiempo que con los “eternos e inmutables”⁴. La modernidad se asocia, además a: “capitalismo”, “lucha de clases”⁵; “división del trabajo social”, “solidaridad orgánica”⁶; “razón instrumental”, “burocracia” y “desencantamiento del mundo”⁷; “orden”, “progreso” y “ciudad”⁸.

¹ Para NORBERT ELIAS, la modernidad se confunde con la llamada civilización occidental; ver, *O Proceso Civilizador* Di, Río de Janeiro, Zahar, 1990.

² Para GEORGE SIMMEL, la modernidad es el tiempo de la tragedia promovida por la hegemonía del dinero –instrumento dotado del poder de igualar todo y nivelar por abajo–; ver, “O Estrangeiro” en *Coleção Grandes Cientistas Sociais*, Sao Paulo, Ática, 1983; también *Filosofia do Amor*, Sao Paulo, Martins Fontes, 1993

⁴ Para CHARLES BAUDELAIRE, la modernidad es el mundo de lo transitorio, de lo efímero, de lo contingente. Una mitad es arte y la otra mitad el eterno e inmutable; ver, “O Pintor da Vida Moderna” en *Obras Completas*, Sao Paulo, Paz e Terra, 1988.

Muchas son las combinaciones posibles para la modernidad. Pretendo aquí sugerir solamente una. Propongo que modernidad combina también con ciudad – no en el sentido ya presentado por Le Corbusier y sus seguidores, sino, más precisamente, con “urbanidad metropolitana”, en el sentido propuesto por Simmel.

Esta propuesta se apoya en la aceptación de la existencia de una relación dialéctica entre lo moderno y lo urbano. Sin intentar reducir una de las partes de esa combinación a la otra – dado que cronológicamente la ciudad antecede al más remoto origen de la modernidad, al punto que la propia modernidad va mucho más allá de cualquier configuración espacial- pretendo poner en cuestión la importancia de la ciudad, pero específicamente su forma moderna, la metrópoli, para el fenómeno moderno y, paralelamente, la importancia de la propia modernidad para el surgimiento y la consolidación de la metrópoli, este fenómeno urbano tan específico.

Autores –“científicos” o no- que se dedicaron a pensar, analizar y sentir la ciudad y/ o la modernidad ayudarán en este esfuerzo, proporcionando cada uno sus propias piezas para el montaje del caleidoscopio moderno/ urbano. Tres nombres son fundamentales en este propósito: George Simmel, Charles Baudelaire y Walter Benjamín. La imagen del caleidoscopio es utilizada aquí para delimitar y simbolizar los muchos posibles de un mismo objeto, posibilitando la comprensión desde este artículo, como también de entre todos los posibles en la combinación aquí propuesta.

El Jardín de la Primavera Moderna

A pesar de la creencia en la existencia de una importante relación entre modernidad y ciudad, es útil aclarar que se trata de fenómenos sociológicos distintos.

⁵ El signo de la moderna sociedad occidental es para KARL MARX el modo de producción capitalista y la lucha de clases; es la división del mundo entre los que detentan los medios de producción y los que apenas tienen su fuerza de trabajo y, toda una infinidad de consecuencias de esa mecánica social desigual; ver, *O Capital*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1971.

⁶ DURKHEIM entiende la moderna sociedad occidental como una sociedad compleja, marcada por un arraigado proceso de división del trabajo social, cuya cohesión, aunque imperfecta, es mantenida por vínculos societarios propios y complejos, a los cuales llama solidaridad orgánica, para diferenciarla completamente del tipo de solidaridad responsable de la reproducción de los vínculos societarios en sociedades no- modernas o no- complejas; ver, *A Divisao do Trabalho Social*, Lisboa, Ed. Presencia, 1977

⁷ La moderna sociedad occidental capitalista es, para MAX WEBER, un tiempo de la hegemonía de la razón instrumental sobre otras formas de racionalidades; un tiempo del posicionamiento de la ciencia en relación a la magia; un tiempo de la gestión burocrática frente a la administración patrimonial; ver, *Economía e Sociedade*, Brasilia, Ed. U. de Brasilia, 1994, 3ed.

⁸ Para LE CORBUSIER, lo moderno, derivado y atributo de la modernidad, es el tiempo/ espacio del ordenamiento racional y calculado para el progreso. Es la ciudad planeada, contrapuesta a la aldea (pueblo) y a todas las aglomeraciones humanas espontáneamente formadas. Lo moderno es sinónimo de orden, progreso y ciudad; ver, *Urbanismo*, Sao Paulo, Martins Fontes, 1992.

Existen tres puntos fundamentales a considerar sobre la relación ciudad/modernidad: 1 - la ciudad no es consecuencia de la modernidad; 2 - la modernidad posee su génesis fuertemente relacionada con la ciudad; y 3 - la modernidad, surgió imbricada con la ciudad, produciendo un tipo especial de ciudad, la metrópolis, en la cual, en una relación dialéctica, la propia modernidad se materializa, se manifiesta de forma emblemática, definitiva y se reproduce.

La ciudad no puede ser entendida como una consecuencia de la modernidad, puesto que su génesis es anterior a cualquier germen ya conocido del fenómeno moderno. Mumford (1991), en un extenso estudio sobre la ciudad en la historia, afirma que la génesis de la ciudad se encuentra en la prehistoria de la humanidad, mucho antes incluso de las formaciones urbanas helénicas. Este autor cuestiona el papel hegemónico usualmente atribuido a las demandas materiales en el proceso histórico de fijación del hombre en un determinado territorio, las que sobresalen para muchos autores, en el nacimiento de las primeras ciudades. Para Mumford, la ciudad no surgió en función de necesidades materiales, pero sí de necesidades rituales y simbólicas, siendo, por tanto, un fenómeno antropológico más que económico. El hombre tenía la necesidad de enterrar los muertos, rezarlos, homenajearlos y, principalmente, ofrendarles rituales, el primer paso para el proceso de fijación del hombre prehistórico en ciudades.

Esa es una importante contribución para la comprensión del fenómeno urbano por remitir ella misma a su dimensión antropológica, no siempre destacada por los estudiosos de la ciudad, sobre todo los que se dedicaron a la urbis moderna, a la gran metrópolis industrial, priorizando sus funciones económicas en detrimento de sus funciones rituales, simbólicas e incluso societarias. El trabajo de Mumford (1991) permite no sólo documentar el surgimiento de las ciudades en la prehistoria de la humanidad, sino, sobre todo, comprender que, desde su génesis, las ciudades son estructuras diferentes de las aldeas, villas, pasando diferentemente de estas funciones rituales y simbólicas y no precisamente de las funciones materiales que promovieron otros tipos de fijación del hombre.

Distinta de la ciudad que, como se ha visto, no tuvo influencia alguna de la modernidad en su origen, la modernidad tiene su surgimiento relacionado con la transformación y con la consolidación del espacio social urbano. La ciudad, a pesar de no ser fundamento de la modernidad posee considerable papel para el establecimiento y la consolidación del fenómeno moderno, habiendo servido, desde la génesis de éste, no sólo como soporte material, sino también como espacio de formación de la mentalidad moderna.

Es posible decir que la ciudad moderna está para la modernidad así como un jardín para la primavera –un jardín no contiene toda la primavera, pero contiene un poco de la primavera y expresa de forma emblemática su esencia, su ser, no obstante, apenas una cubierta para las flores-

Así también es la ciudad moderna. La ciudad es menos que la modernidad, en el sentido de que no la contiene o limita. Pero ella contiene, expresa y simboliza gran parte de los valores, de los ritmos, de la sonoridad, de los hábitos, de las formas y de las relaciones sociales modernas.

La ciudad es más que un espacio –continente-, es también una esencia –contenido-. Simmel (1983) diría que la ciudad, como espacialidad, es al mismo tiempo el fruto y el símbolo de las relaciones sociales que comporta la propia condición para la existencia de tales relaciones. Siendo así, se puede pensar dialécticamente la relación ciudad moderna/ modernidad como una relación de mutua determinación.

Elías (1990), en su célebre estudio sobre el proceso civilizador, no considera la ciudad como formación de la modernidad. Para él, la génesis de la moderna civilización se encuentra en la sociedad cortesana y se materializa en los salones y jardines palaciegos. Pero la sociedad cortesana –de nobles y monarcas- es un tipo de sociedad que se relaciona en su exterioridad con una importante clase emergente, prueba fundamental del mundo moderno: una sociedad de los burgueses. Burgueses que son comerciantes, viajeros, mercaderes de las ferias sin territorio o fronteras. Burgueses que creaban una feria y recreaban la ciudad, en moldes totalmente nuevos frente a los que hasta entonces conocía la historia de occidente. La moderna sociedad occidental, industrial, urbana, asiste y determina el fin de la sociedad cortesana y, en consecuencia quedan los palacios a favor de las ciudades.

Como afirma Louis (1967), en su estudio sobre el urbanismo como modo de vida:

“El inicio de lo que puede ser considerado marcadamente moderno en nuestra civilización está caracterizado por el crecimiento de las grandes ciudades (...) La característica sobresaliente del modo de vida del hombre en la edad moderna es su concentración en conglomerados gigantescos en torno de los cuales se unen un número menor de centros y desde donde irradian las ideas y las prácticas que llamamos civilización” (Louis, 1967: 97).

Es en las ciudades que se encuentran los círculos intelectuales y las universidades; en las ciudades surgen las primeras fábricas y los primeros mejoramientos colectivos modernos como la electricidad, por ejemplo; el gran comercio se concentró en la ciudad; así como la mano de obra industrial. Surgido a la sombra de la Revolución Industrial, el fenómeno moderno se hizo posible, entre otras cosas, por la pre-existencia de las ciudades, así como por

su posterior transformación. A pesar de no ser la misma ciudad de la modernidad ya consolidada, la ciudad pre-moderna reunía no sólo aspectos espaciales, como también, composición social y mentalidad propicias para el surgimiento de la modernidad.

Pienso en la existencia de una relación dialéctica de mutua determinación no propiamente entre ciudad y modernidad, sino más bien entre metrópoli y modernidad. Se trata, por un lado, de aceptar la dupla asertiva de que la ciudad es una realidad anterior y distinta de la modernidad y de que la ciudad contribuyó para la formación y consolidación de la modernidad; y, otro lado, se trata de admitir que la propia modernidad actuó en la génesis de una nueva forma de lo urbano —la metrópolis— ahora sí, consecuencia directa del fenómeno moderno y condición para su existencia.

Empleando la misma línea argumentativa desarrollada por Mumford (1991), acerca de que la ciudad es un fenómeno social diferente de la villa o de la aldea, en función de su naturaleza y no sólo de su tamaño, es posible ver la metrópoli como una entidad social de naturaleza específica, cualitativa y no sólo cuantitativamente diferente de la ciudad provinciana, en general, de aspecto pequeña o mediana. Esto es radicalmente distinto de las interpretaciones más generales que ven la metrópoli como una mutación o evolución espacial de los tipos menores de conglomerados humanos. Se trata, pues, de quitar lo espacial para la sociedad y la cultura como el eje explicativo del fenómeno metropolitano.

Esa es una importante contribución analítica presentada por Simmel (1979) en su ensayo dedicado a la vida mental metropolitana e incorporada en buena parte por los sociólogos de la Escuela de Chicago, pero poco considerado por gran parte de los urbanistas y planificadores de tradición tecnicista. Simmel (1979) afirma, al hablar de la especie de libertad propia de la metrópolis, que:

“No son sólo el tamaño inmediato del área y el número de personas que, en función de la correlación histórica universal entre el aumento del paso y la libertad personal interior y exterior, hicieron de la metrópoli el lugar de la libertad. Es trascendiendo antes esa expansión visible que cualquier ciudad se torna la sede del cosmopolitismo” (Simmel, 1979: 20).

La metrópoli es, por tanto, mucho más que las meras dimensiones físicas de cualquier área urbana; ella es también, mucho más que una ciudad con millones de habitantes⁹. La descripción demográfica no da cuenta de la dimensión sociológica del fenómeno metropolitano. Metrópoli sugiere división del trabajo, diversidad, complejidad, disenso, diferencia. La metrópoli es una agitación del tiempo, ritmos, sonidos, imágenes, “estímulos nerviosos” y “sorpresas”, en el sentido expuesto por Wenders al hablar de Tokio:

“A pesar de lo que mucha gente parece pensar de Tokio, ella es a nuestros ojos una ciudad abierta; una ciudad que no sólo se contenta con quitar, sino que da. Ciertamente, ella expresa cierta tendencia a la sobrecarga, a la agresión permanente. Pero la gente se asombra de poder descubrir una claridad a la vuelta de cada esquina: descubriéndose de repente un lugar calmo, suave y agradable. Incluso al lado de los rascacielos existen alamedas de casas pequeñas con jardines, pájaros, gatos y paz”. (WENDERS, 1994: 187)

La metrópoli es también el teatro en que el dinero –factor estructural de la tragedia moderna, según Simmel– actúa como valor hegemónico de los intercambios materiales y no materiales entre los hombres. Es en la metrópoli que la experiencia comunicacional se está perdiendo y el poder de narración y la memoria de los grupos se está tristemente diluyendo (Benjamín, 1980), para dar lugar a un pensamiento desencantado por la razón instrumental y por el cálculo moderno. La metrópoli es un conglomerado del fragmento moderno en millares de complejas y múltiples células y funciones sociales. Metrópoli, es, por último, otra cultura, otra sociedad, otra ciudad, esencialmente diferente de la ciudad no-metropolitana, a pesar de ser, al mismo tiempo también, una ciudad demográficamente definida y delimitada por sus extensas dimensiones espaciales.

Por los lectores del tiempo: Modernidad y metrópoli en Simmel, Baudelaire y Benjamín.

La relación entre metrópoli y modernidad aparece de forma bastante explícita en la lectura de George Simmel. Simmel entiendo que la metrópoli tiene la propiedad de expresar de forma ejemplar las formas “como la personalidad se acomoda a las exigencias de las fuerzas externas” (SIMMEL, 1979: 12) en la vida específicamente moderna. Lo que es específicamente moderno, puede, según Simmel, ser encontrado en la vida social de la metrópoli. Eso nos permite la utilización de la metáfora jardín/ primavera expuesta anteriormente. La metrópoli sería, para Simmel, no sólo un símbolo –síntesis de las características expresadas como modernas– a partir del cual la modernidad podría ser vista. Ella sería, también, producto y productora de tales características modernas las cuales simboliza.

Es en la metrópoli que tipos como el blasé y el cínico –dos respuestas, respectivamente, a los excesos modernos de estímulos y al papel hegemónico del dinero en la vida moderna– se manifiestan. Y más aún, la metrópoli es, ella misma, condición de existencia de esos dos tipos sociales. Ciudades pequeñas o tradicionales, pueblos en que la cultura moderna no es hegemónica, no reúnen las condiciones necesarias para la manifestación del blasé o del cínico. Es solamente la gran metrópoli, en este sentido, producto y productora de relaciones, situaciones y tipos sociales modernos.

Simmel ve con pesimismo la trágica experiencia moderna de separación entre las culturas objetiva y subjetiva, ejemplificadamente manifiesta en la vida metropolitana. Para Simmel, el dinero es el factor estructural más importante de la modernidad en cuanto su tragedia –tragedia entendida aquí como el conjunto de fuerzas destructivas movilizadas contra un ser, producidas por las tendencias más profundas de su propio ser (Souza & Oelze, 1998). Es el dinero que, al separar las esferas objetiva y subjetiva, posibilita el desarrollo independiente de ambas, permitiendo que cada una siga una lógica inmanente. El dinero posee, aún, como equivalente general, el papel universal de producir uniformidad de las cosas “por abajo”, sustituyendo cualidad por cantidad y objetivando todas las cosas a su alrededor. Para Simmel, el dinero puede ser visto como el Dios de la vida moderna, el primero y el mayor objetivo perseguido por el hombre moderno. La búsqueda incesante y frenética del dinero es lo que produce el ritmo nervioso y de desgaste de la vida moderna y, en consecuencia, también de la vida metropolitana.

La cuestión del tiempo aparece, en Simmel, mediado, como todo lo demás, por la figura del dinero. El tiempo de la modernidad es un tiempo en la búsqueda incesante por ese equivalente general; es un tiempo de ritmos frenéticos; es un tiempo auto-consumido, que se destruye con la misma velocidad con que se produce; es el tiempo de la gran metrópoli; llena de imágenes gigantescas y envolventes, que venden el mundo en colores e imponen a los hombres –sus creadores- el sello de un espacio en donde el tiempo nunca pasa.

La metrópoli.

“Ese producto de la economía monetaria por excelencia (...) es visto como catalizador de los efectos del dinero sobre la vida social, ofreciendo, de ese modo, una especie de teatro, desde donde sus efectos pueden ser mejor observados” (SOUZA & OELZE, 1998: 18)

Para Simmel, no obstante, la metrópoli es más que un teatro –mero recipiente- en el que la modernidad ocurre. Ella es más que la síntesis del mundo moderno -el espacio que contiene, de forma condensada, todo lo que hay de característico en la modernidad-.

Ella es el ambiente que, por ser esencialmente moderno, tiene la propiedad de producir tipos sociales modernos, los cuales no se manifiestan en otro espacio social. A pesar de que la modernidad no es la gran ciudad, es aquí en donde la modernidad mejor se manifiesta. Y, sin embargo, es solamente debido a la metrópoli que la modernidad puede desarrollarse. La gran ciudad no es únicamente un espacio físico asociado o disociado del hombre, apenas en virtud de su acción material. La metrópoli, como espacio socialmente ocupado –y esto sirve también

para todas las formas de espacio ocupadas por el hombre-, es un espacio social, producto y productor de interacciones, valores, hábitos, en fin, de una mentalidad que recrea y amplía, cotidianamente, el mundo moderno como práctica y como valor más allá de sus propias fronteras.

De esa forma, la metrópoli moderna sería tan trágica como la propia modernidad, por ser, al mismo tiempo, su más exacta forma de expresión material, social y su condición de sostenimiento y reproducción. Lo moderno no es celebrado por Simmel como el mundo de lo positivo, de lo nuevo, del progreso y del triunfo. La mirada simmeliana sobre la modernidad está cruzada por una cierta carga de pesimismo y de descontento; es el testimonio de la tragedia.

Los otros dos autores que ven con cierto disgusto el mundo moderno, son Baudelaire y Benjamín. Si bien estos autores no llegan a hablar de una tragedia moderna, sus obras traducen la melancolía –conciencia de la muerte de un tiempo que no vuelve más-. La melancolía se manifiesta en Baudelaire a través del spleen, palabra moderna que representa “el tiempo enemigo, que devora cada vida, cada momento de felicidad, cada imagen de la belleza (GAGNEBIN, 1997: 152). En Benjamín lo melancólico se manifiesta en la denuncia de las varias pérdidas traídas por la modernidad –la pérdida de la experiencia colectiva; la pérdida del arte de narrar experiencias comunes; la pérdida del narrador; la pérdida del aura en la obra de arte.

Existen dos importantes categorías para la comprensión de la relación entre modernidad y ciudad en Benjamín y Baudelaire: la propia noción de moderno y de modernidad; y la noción de tiempo, ambas fuertemente asociadas a la idea de muerte, que atraviesa el pensamiento de estos dos autores.

Según Gagnebin (1997), el término modernidad tiene origen en la Antigüedad, remitiendo a la oposición, meramente temporal, entre antiguo y moderno, como oposición entre el tiempo “pasado” y el “actual”. En el antiguo concepto de modernidad, lo destacado era el “carácter ejemplar del pasado para el presente” y no “el carácter innovador de lo moderno o atrasado de lo antiguo” (GAGNEBIN, 1997: 142)

El Iluminismo y el Romanticismo –sistemas distintos de pensamiento, el primero optimista y positivo en relación al presente y al futuro y, el segundo, nostálgico y, de cierto modo pesimista- respondieron, ambos, a una profunda alteración en la forma social de ver la relación entre lo antiguo y lo moderno. A partir de esos dos movimientos de pensamiento, lo moderno se torna sinónimo de nuevo –y seguidamente, lo que no es moderno gana la connotación de “más allá del pasado”, “viejo”, “arcaico”, “sin valor”. Es en función de la concepción moderna de lo moderno que Benjamín y Baudelaire piensan la relación entre modernidad, tiempo y muerte.

Como novedad, lo moderno, entonces, contiene en sí el germen de su propia superación. Así, todo “nuevo”, luego de que surge, pierde su propiedad esencial y se transforma inmediatamente en su antítesis. La modernidad es, por tanto, tan trágica –en sentido simmeliano- para Baudelaire y Benjamín, como para el propio Simmel, no obstante, el núcleo central de la tragedia moderna ser diferente entre los autores. Es el tiempo, y no el dinero, el agente fundamental de la tragedia moderna para Baudelaire y Benjamín. No el tiempo abstracto, inconmensurable e indefinido; sino el tiempo social que contiene el envejecimiento y la muerte de todo lo que es nuevo por definición. Es la conciencia moderna de su transitoriedad inmanente el sello trágico de la modernidad. La muerte es, por tanto, el centro indisoluble de la vida moderna, y la conciencia de la muerte compone la conciencia de la propia modernidad.

Los poemas de Baudelaire –el poeta (o pintor) de la vida moderna y de la gran ciudad- son poemas de la ciudad moderna. Cantan lo que la gran ciudad -Parisiense de transitoria, de efímera; cantan la temporalidad mortal de la dualidad nuevo/ obsoleto propio al concepto moderno de la modernidad. En la gran ciudad, Baudelaire ve la muerte y el pasado grabados en cada novedad.

Para Canevacci,

“Aquello que Baudelaire designa como flor-del-mal (Flores del Mal, título de su más importante libro) es la metrópoli naciente, es la alegoría de París (...) París es una flor nociva. La ciudad es nociva”. (CANEVACCI, 1997: 102)

La modernidad es, por tanto, nociva, puesto que, en la poesía de Baudelaire, ciudad y modernidad son realidades inseparables. Conteniendo el eterno e inmutable germen mortal de la modernidad, la gran ciudad es la modernidad materializada.

Hay una escena que parece ser la imagen-síntesis del progreso en ruinas, descrita por Baudelaire. En los escombros del baño de una de las mansiones demolidas en la avenida Paulista, en Sao Paulo, se encontraba la inscripción, en spray, de la frase escrita por Caetano Veloso para cantar a Sao Paulo: “de la fuerza del dinero que levanta y destruye cosas bellas”. Así es la gran ciudad para Baudelaire, un paisaje en donde “ruinas y obras se confunden” (GAGNEBIN, 1997: 150), teniendo ambas la misma esencia de destrucción.

La relación ciudad/ modernidad no es menos notable en Benjamín de lo que es en Baudelaire o en Simmel. Según Canevacci (1997), Benjamín es el gran narrador de ciudades, el primer antropólogo “espontáneo” de la condición urbana. En la yuxtaposición de fragmentos, Benjamín narra a París, aquella que es, a sus ojos, la capital del siglo XIX.

La relación entre la ciudad y la modernidad puede ser leída en la forma como Benjamín ve el tiempo, la historia, la fragmentación y el conjunto de pérdidas

asociadas a la modernidad. Así como en Baudelaire, el tiempo aparece como una categoría importante en el análisis benjaminiano de la modernidad. La idea de tiempo se asocia, en Benjamín, como en el poeta francés, a las ideas de muerte, de finitud y, también, de movimiento. El tiempo moderno es el tiempo reproductivo y fugaz de la alegoría, en contraposición a un tiempo único y durable del símbolo.

Como tiempo de la alegoría, la modernidad es, por tanto, el tiempo de lo que es posible modificar, embellecer, de tornarse ruinoso, de pasar y de morir. Al tiempo de la modernidad se contraponen el tiempo congelado y estático en la inmutabilidad de los símbolos. El tiempo moderno –tiempo alegórico– es, así, un tiempo de la historicidad y de la caducidad de las cosas que pasan, pero dejan siempre las huellas de lo que fueron, para los que ven en su tiempo, aquel tiempo como pasado. El tiempo de la modernidad es, así, el tiempo metropolitano, que todo transforma con la rapidez del tráfico, de las construcciones en ruinas, de los viajeros, transeúntes, que vienen y van, alterando a cada minuto la configuración del paisaje urbano. Es en la metrópoli que el tiempo moderno mejor se presenta. El tiempo de la naturaleza, de las estaciones, de los deseos animales y ciclos naturales, no determina en la vida metropolitana, cualquier ritmo social. Es el reloj –“ese dios siniestro, hediendo, indiferente” (BAUDELAIRE, 1985: 313)– quien determina el tiempo metropolitano, el mismo tiempo moderno de la muerte. Cuando Certeau (1994b: 21) dice que “Nueva York nunca aprendió el arte de embellecer exhibiendo todos sus pasados”, que es una ciudad cuyo presente, “se inventa hora tras hora en el acto de arrojar fuera sus realizaciones previas y desafiar el futuro”, él habla implícitamente, de un tiempo tan devastador como la propia ciudad que lo simboliza. Nueva York se presenta, al igual que París, como una ciudad-síntesis de un tiempo urbano/ moderno que todo destruye, portadora de un presente mutable, dinámico e histórico por contar, en su génesis, el germen de su propio pasado.

La historia, importante categoría benjaminiana, no sólo es la narrativa de los vencedores, del triunfo, del progreso y del espíritu positivo. No es un contar teleológico de una única verdad, desde siempre redentora. Ella es también la historia de muchos posibles, de muchos caminos. Es la narrativa de fragmentos pasados, de tiempos y pueblos que se fueron, pero encontrándose todavía en el presente, como voces enmudecidas que retumban en las voces que oímos hoy (Benjamín, 1985b). La historia no es necesariamente “verdad”, pero sí reminiscencia. Ella es la imagen del pasado, como este se presenta en el momento presente –momento del peligro– al sujeto histórico, sin que él tenga conciencia de eso (Benjamín, 1985b).

La modernidad es, para Benjamín, el tiempo/ espacio de la sociedad capitalista. Es el tiempo del fetiche de mercancía, de la división del trabajo y

de la alienación. Un tiempo, por tanto, de lo fragmentario y de las muchas pérdidas. Se pierde la aureola en la obra de arte –la reproducción técnica que democratiza el arte es aquello que extrae de la obra, su contenido mítico y venerable. Se pierde la experiencia colectiva –alejado de la comunidad tradicional, en la cual “memoria, palabra y prácticas eran compartidas por todos” (GAGNEBIN, 1994: 64), el hombre moderno, típicamente un hombre urbano, posee cada vez menos experiencias realmente colectivas para vivir y compartir. Este hombre tiene cada vez más experiencias vividas, particulares, inmediatas, en contraposición a la experiencia colectiva, interpersonales e inscritas en una temporalidad común a varias generaciones que supone “una tradición compartida y retomada en la continuidad de una palabra transmitida de padre a hijo” (GAGNEBIN, 1994: 66). Se pierde, también, la capacidad de comunicar esas experiencias hoy tan remotas, de la misma forma con que se pierde la propia figura social del narrador, el portador del arte de narrar, el “hombre que sabe dar consejos” (BENJAMÍN, 1980: 200).

La cuestión de las pérdidas producidas por la modernidad es un punto muy importante en el pensamiento de Benjamín y posibilita una conexión, por así decir, entre su teoría de la modernidad y el papel de la gran ciudad. Para Benjamín, ese conjunto de pérdidas instauro, con la modernidad, una nueva barbarie (Benjamín, 1985a), un tiempo de hombres carentes del espíritu comunitario y colectivo tradicional, pero dominados por la racionalidad moderna, que les quita las vestiduras y ornamentos de otros tiempos y los pone desnudos frente a un mundo explícito de vidrio y acero, donde el individuo, es nada más lo colectivo, para mostrar e imponerse (Benjamín, 1985a).

La cuestión de las pérdidas remite, también, a la dualidad moderno/ tradicional, anotado como la cualidad melancólica, todo un conjunto de valores y prácticas sociales cuyo tiempo devastador la modernidad apagó. La metrópoli, gran teatro del tiempo moderno, es el espacio de todas las pérdidas y de las reminiscencias. Espacio social dividido, fragmentado, erguido y mantenido por la misma lógica alienante que mueve el mundo capitalista, la gran ciudad aguarda cada vez menos espacio para lo que es tradicional, cadencioso y unitario. No es que la pérdida de la aureola en la obra de arte o la pérdida de las experiencias comunicacionales sólo se den en el medio urbano. Pero es que la ciudad tiene el poder de concentrar y, por tanto de simbolizar, los más importantes elementos que componen lo que se podría llamar el espíritu de la modernidad.

Metrópolis, Fragmento de la Modernidad- reflexiones finales

La lectura de Simmel, Baudelaire y Benjamín permite pensar la relación moderno/ urbano a partir de una tercera categoría: el tiempo. Presente en los tres autores, la idea de tiempo delimita la propia idea de modernidad y su

contrapunto con la ciudad. La modernidad pasa por el tiempo auto-consumido, frenético, que nunca cesa y que determina un mundo de estímulos alucinados, para Simmel; el tiempo de la muerte para Baudelaire, y el tiempo de la historia, para Benjamín. De la misma forma, con que pasa para el espacio de lo frenético, de lo efímero y de lo que es pasado, pero todavía está en el presente. La gran ciudad aparece, para estos tres autores, como una posible síntesis de la modernidad, como el espacio dialécticamente producto y productor de esa modernidad, en donde el tiempo es siempre tiempo moderno.

La lectura de los tres autores aquí presentados plantea el tiempo como una categoría referencial y por eso se concentró, especialmente, en los aspectos pesimistas o melancólicos de sus teorías sobre la modernidad. Simmel, Baudelaire y Benjamín, no obstante, pueden ser leídos en aspectos más positivos y distanciados de un posible pesimismo de la vida moderna. Esa, sin embargo, no fue la intención del presente artículo. Por el contrario, el enfoque pesimista de cada autor fue aquí intencionalmente destacado, por contener una importante contribución a la reflexión de la relación ciudad/ modernidad, aspecto este diametralmente opuesto a la visión de ciudad moderna elaborado por muchas corrientes de pensamiento, en especial el pensamiento modernista y el pensamiento del ecologismo urbano.

Le Corbusier, figura paradigmática del urbanismo modernistas, ve la ciudad moderna —que para él no es moderna— con ojos bastante pesimistas. Paris es para él una ciudad en ruinas, “un magma peligroso de multitudes acumuladas, precipitada, anexadas” (LE CORBUSIER, 1992: 24). La gran ciudad está predestinada al caos —o viven en él—, está contaminada por una grave enfermedad. La diferencia del pesimismo modernista en relación al pesimismo de los tres autores anteriores, es que, para los modernistas, la enfermedad de la ciudad tiene cura: la acción de un urbanismo positivo, racional, moderno.

Posibles aspectos patológicos de la ciudad también son detectados por los sociólogos de la Escuela de Chicago, los cuales, así como los urbanistas, piensan en una posible cura. La cura se presenta, para los ecologistas urbanos, como un conjunto de soluciones recurrentes de ajustes e integraciones, más o menos naturales a la dinámica de la propia ciudad. No es preciso reconstruir la ciudad o levantar otra, como pensaban los modernistas. La propia ciudad tiene el potencial de auto-regularse y lograr una mejor disposición.

Las tradiciones del urbanismo modernista y de la Escuela de Chicago, han contribuido por décadas directamente para la consolidación de la lectura hegemónica de la ciudad como “símbolo de lo posible”. Se trata de dos miradas positivas sobre las posibilidades no sólo de la ciudad, sino también, de la modernidad, en la medida en que ambas miradas perciben una conexión inseparable entre lo urbano y lo moderno. Esas dos miradas produjeron discursos y prácticas

e influenciaron algunas generaciones, tanto de científicos y planificadores, como también de “personas comunes”, de “hombres ordinarios” (CERTEAU, 1994 a), los cuales caminan y aún ven la ciudad a través de la lectura maniquea que sitúa lo urbano en el extremo positivo- moderno- de la dualidad tradición/ modernidad.

Esa visión triunfalista de la modernidad tiene un punto en común con la visión de Baudelaire y Benjamín, en la medida en que lee modernamente lo moderno, como “nuevo” y también como “actual”. De ese origen común derivan, todavía, lecturas antagónicas. Mientras que Baudelaire y Benjamín la ven melancólicamente, muerte e historia en las entrañas de lo que es moderno, los otros autores ven un mundo de posibilidades, el ordenamiento social y el progreso naciendo de esas mismas entrañas modernas, y se apoyan sobre una premisa teleológica de la historia y valorativa de la modernidad, un futurismo positivo y optimista y una indisociable ligazón entre ciudad y modernidad. Lo que es moderno –positivo, nuevo, progresista, desarrollado y determinado al suceso- lo es también urbano –dinámico; industrializado; automatizado o informatizado; cosmopolita o globalizado. Moderno y urbano pasan a ser sinónimo entre sí y ambos a su vez denotan progreso, futuro y felicidad.

La gran contribución de Simmel, Baudelaire y Benjamín para la reflexión sobre la relación moderno/ urbano se encuentra, a mi modo de ver, en contraposición teórica al optimismo modernista, manifestado en varias fuentes del pensamiento social. Pensar la metrópoli a través de las lecturas de aquellos tres autores es necesariamente pensar también la modernidad. No hay remedio para la “llagas” de la ciudad que no tenga que ser dado a la propia modernidad. Destruir París y reconstruirla en otro formato no le quitará lo que hay de moderno en ella. Dejar que la naturaleza de Chicago auto-regule sus desórdenes es dejar que la modernidad actúe sobre Chicago. Las ciudades no están, por tanto, menos determinadas a su muerte de lo que lo está la propia modernidad.

La contribución de los tres autores al debate aquí propuesto no es sólo una contribución teórica más, sino también, una contribución metodológica. Las miradas de Simmel, Baudelaire y Benjamín, exigen que se piense la ciudad no como un cosmos, sino como fragmento. La gran ciudad, así como otros espacios sociales hacen parte de un mundo social mucho mayor y más genérico y toda su complejidad contiene, al mismo tiempo, lo que está contenido en la complejidad del mundo en la cual ella se inserta. Es, por tanto, como fragmento, símbolo y síntesis de la modernidad que parece legítimo y viable el estudio de la ciudad moderna.

Bibliografía

- BAUDELAIRE, Charles, *As Flores do Mal*, Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1985, 6ed.
- _____, “O Pintor da Vida Moderna”, In: Baudelaire, *Obras Completas*, Sao Paulo, Paz e Terra, 1988
- BENJAMÍN, Walter, “Experiencia e Pobreza” In: Benjamín, *Obras Escolhidas*, Vol. 1, Sao Paulo, Brasiliense, 1985 a.
- _____, “O Narrador: considerações sobre a obra de Nicolai Leskov” In: Benjamín, *Coleção Grandes Pensadores*, Río de Janeiro, Editora Abril, 1980
- _____, “Sobre o Conceito da Historia” In: Benjamín, *Obras Escolhidas*, Vol. 1, Sao Paulo, Brasiliense, 1985b.
- CANEVACCI, Massimo, *A Cidade Polifônica: ensaio sobre a antropologia da comunicação urbana*, Sao Paulo, Stúdio Nobel, 1997, 2ed.
- CERTEAU, Michel de, *A invenção do cotidiano – artes de fazer*, Petrópolis, Vozes, 1994 a.
- _____, “Andando na Cidade” In: *Revista do Patrimônio*, No. 23 – Cidade, Río de Janeiro, Instituto do Patrimônio Histórico Nacional, 1994b.
- DURKHEIM, Émile, *A Divisao do Trabalho Social*, Lisboa, Editorial Presença, 1977
- ELIAS, Norbert, *O Processo Civilizador I*, Río de Janeiro, Zahar, 1990
- GAGNEBIN, Jeanne Marie, *História e Narração em Walter Benjamin*, Sao Paulo, Ed. Perspectiva, 1994
- _____, *Sete Aulas sobre Linguagem, Memória e História*, Río de Janeiro, Imago Editora, 1997.
- GIDDENS, Anthony, *As Consequencias da Modernidade*, Sao Paulo, UNESP, 1991
- LE CORBUSIER, *Urbanismo*, Sao Paulo, Martins Fontes, 1992
- LOUIS, Wirth, “O Urbanismo como Modo de Vida” In: VELHO, Otávio Guilherme (Org.), *O Fenómeno Urbano*, Río de Janeiro, Zahar Editores, 1967.
- MARX, Karl, *O Capital*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1971
- MUNFORD, Lewis, *A Cidade na História. Suas Origens, Transformações e Perspectivas*, Sao Paulo, Martins Fontes, 1991, 3ed.
- SANTOS, Milton, *A Urbanização Brasileira*, Sao Paulo, HUCITEC, 1993
- SIMMEL, George, “O Estrangeiro” In: Simmel, *Coleção Grandes Cientistas Sociais*, Sao Paulo, Ática, 1983
- _____, *Filosofia do Amor*, Sao Paulo, Martins Fontes, 1993
- _____, “A Metrópole e a Vida Mental” In: VELHO, Otávio Guilherme, *O Fenómeno Urbano*, Río de Janeiro, Zahar Editores, 1979
- _____, “O Dinheiro na Cultura Moderna” In: SOUZA, Jesé & OELZE, Berthold, *Simmel e a Modernidade*, Brasília, Editora Universidade de Brasília, 1998
- SOUZA, Jesé & OELZE, Berthold, *Simmel e a Modernidade*, Brasília, Editora Universidade de Brasília, 1998
- WEBER, Max, *Economía e Sociedade*, Brasília, Editora Universidade de Brasília, 1994, 3ed.
- WENDERS, Wim, “A Paisagem Urbana” In: *Revista do Patrimônio*, No. 23 – Cidade. Río de Janeiro, Instituto do Patrimônio Histórico Nacional, 1994.

Inae Elias Magno Da Silva

Doctora en Sociología por la Universidad de Brasília,
experta en temas urbanos;
inae.magno@uol.com.br

Traducción de Rodrigo Santofimio O.